



Josep Zapater, trabajador humanitario de ACNUR en Camerún

Entrevista realizada por Amaia Celorrio, responsable de comunicación del Comité español de ACNUR

¿Cómo fue el inicio de tu relación con ACNUR?

Empecé con ACNUR en 1996, como becario en la sección de las Américas en la sede en Ginebra. A continuación me fui a México para trabajar con refugiados guatemaltecos y después he trabajado en Bosnia, Colombia, Afganistán y en la sede en Ginebra. Me formé en emergencias en 2008 y desde entonces he participado en misiones de emergencia en Mozambique, Haití, Filipinas y la República Centroafricana.

¿Cuál ha sido tu trabajo en estos países?

Mi especialidad es protección, que es todo el trabajo que se hace para proteger los derechos de los desplazados y refugiados; desde el monitoreo de protección y en ocasiones denuncia pública, hasta labores de formación y fortalecimiento de capacidades de los desplazados y refugiados para que puedan conocer y defender sus derechos, y de instituciones del Estado.

En Colombia trabajé también como jefe de oficina de terreno, cubriendo aspectos de asistencia y protección – de todos modos, todo lo que hace ACNUR, más allá del trabajo especializado de protección, se hace para proteger derechos, incluyendo programas de vivienda y generación de ingresos para familias vulnerables.

ACNUR está entregando mantas, útiles de cocina y mosquiteras, y reparando viviendas y coordina la asistencia no alimentaria y vivienda, protección, y gestión de campos de desplazados.

Estos últimos meses has estado en la República Centroafricana. ¿Cuál es la situación en el país en estos momentos? ¿Y cómo está trabajando ACNUR en el país?

La situación lleva un mes agravándose, con nuevas masacres y enfrentamientos sectarios, en la capital Bangui y en lugares como Bambari. Las tropas son insuficientes y queda demasiado tiempo hasta septiembre cuando con la nueva misión de Naciones Unidas se va a reforzar la presencia de tropas internacionales. Desde el trabajo humanitario es tremendamente difícil tener un impacto en detener las atrocidades.

ACNUR está entregando asistencia material como mantas, útiles de cocina y mosquiteras, y reparando viviendas. Por otro lado, ACNUR coordina la asistencia no alimentaria y vivienda, protección, y gestión de campos de desplazados. Más concretamente, desde el punto de vista de la protección, ACNUR ha establecido una estrategia común para proteger a comunidades, sobre todo musulmanes, en alto riesgo de protección y sitiados por grupos armados, y también para su evacuación humanitaria.

¿En qué estado llegan los desplazados? ¿Qué es lo que cuentan? ¿Qué necesitan?

Cuando hay explosiones de violencia los desplazados llegan sin nada y necesitan de todo: mantas, utensilios de cocina, comida, agua y saneamiento, salud, un lugar

donde cobijarse. Pero lo más desesperante es la violencia que rige en muchos campos de desplazados. Hay muchos casos de violaciones y los niños quedan a menudo separados de sus familias.

Los desplazados relatan ante todo la incompreensión ante la violencia y la tristeza por haber perdido la confianza con sus vecinos. Tardará mucho en llegarse a una situación normal donde las poblaciones puedan vivir de nuevo en los

mismos barrios o pueblos. Sin embargo, persisten lugares donde no hay resquemores o desconfianza entre cristianos y musulmanes.

Con los refugiados nos une el sentido de la justicia: la idea de que la guerra es profundamente injusta con la población civil y de que eso necesita una respuesta.

Cuéntanos cómo era tu día a día en Bossangoa.

Estuve en Bossangoa cerca de mes y medio. Me levantaba a las seis y a las seis y media tomaba un desayuno de gachas, café y buñuelos en una de tantas cafeterías improvisadas por los desplazados en el campo Liberté, donde estaban desplazados los musulmanes, para mezclarme con la gente y oír los rumores o los agradecimientos o las quejas del día.

El resto del día lo pasaba en reuniones de coordinación, o reuniones con ONG para preparar proyectos de asistencia, reuniones con desplazados, misiones a los poblados fuera de la capital. Comía a menudo en el restaurante de Zenabou Ali en el campo Liberté, que es una persona muy activa en las organizaciones de base y que

ha mantenido contactos con sus amigas cristianas, ahora desplazadas (por desgracia, no quedan ya musulmanes en Bossangoa ya que todos han sido evacuados a Chad a causa de las amenazas de las milicias).

A las cinco de la tarde me dirigía al campo del obispado para comprar en el mercadillo, jugar con los niños y hablar con los líderes de desplazados. Hacia las seis, hora del toque de queda, regresábamos a cenar a la oficina/casa y aprovechábamos para comentar y analizar los eventos del día con mi colega local, un tipo muy motivado y eficiente sin el cual no hubiéramos podido hacer nada en Bossangoa.

Hacia las siete y media vuelta al trabajo para escribir o responder emails y preparar informes o documentos para donantes, estrategias, documentos de análisis, propuestas de proyectos, etc., hasta las once o doce de la noche. Leer una media hora, a la cama, y vuelta a empezar al día siguiente.

En la República Centroafricana hay, al mismo tiempo, hambrunas y desnutrición entre los desplazados y muchas masacres.

Has trabajado en países como Afganistán, Colombia, la República Centroafricana... ¿Hay algo que defina a los refugiados y desplazados que has conocido?

Todos son diferentes pero creo que hay dos cosas que los unen. Primero, el sentido de la justicia: la idea de que la guerra es profundamente injusta con la población civil y de que eso necesita una respuesta. Podrán o no estar de acuerdo, según sus tradiciones culturales, sobre hasta qué punto se puede sacrificar la justicia en aras de la paz o reconciliación, pero todos, hasta muchos niños pequeños, cargan esa conciencia de haber sido víctimas de algo que no es correcto.

Y lo segundo, la capacidad de perseverancia. Por supuesto muchos desplazados y refugiados que han tenido experiencias atroces cargan muchos problemas psicológicos pero raramente caen en la apatía.

Muchos no sólo apoyan a sus familias sino que movilizan a otros refugiados o desplazados para formar redes de apoyo, organizaciones de base, a veces muy sofisticadas, desde las cuales apoyar a los más vulnerables o reclamar sus derechos a los gobiernos u organizaciones humanitarias.

En estas emergencias, ¿cuáles son las principales necesidades de los refugiados y desplazados?

Depende mucho de los lugares. En algunos sitios, como Camerún, no hay mucha violencia contra los refugiados pero las necesidades de asistencia, sobre todo para niños recién llegados después de huir durante semanas o meses por la selva, son muy agudas. En Colombia el acceso a salud, educación y nutrición es mejor que en muchos países, sin embargo los problemas de protección persisten. Y en la República Centroafricana hay, al mismo tiempo, hambrunas y desnutrición entre los desplazados y muchas masacres.

¿Cuál es la situación más complicada a las que te has enfrentado?

En la República Centroafricana fui responsable de establecer estrategias y coordinar la protección de unas 21.000 personas, en cerca de 20 comunidades, bajo amenazas y ataques y sitiadas por grupos armados. En algunos lugares logramos resultados, como evacuaciones humanitarias, en otros no. Siempre se quiere hacer más pero en ocasiones la dificultad de la situación y a veces el mero agotamiento no lo permiten.

¿Qué tan importante es la ayuda que envían nuestros socios y donantes?

Nada de lo que he explicado arriba se puede hacer sin dinero. Pero, en el fondo, no cuesta tanto. La compañía Coca Cola (por mencionar una) tiene unos 130.000 empleados y un 35.000 millones de dólares de ingresos. ACNUR tiene un presupuesto de 4.300 millones de dólares para dar protección y asistencia a unos 42 millones de desplazados y refugiados, y cuenta con unos 8.600 empleados trabajando en 126 países.



Con parte de la ayuda que llega de España con ACNUR se ha logrado reducir de manera importante la mortalidad de los niños que llegan exhaustos a Camerún después de una huida de semanas o meses por la selva, por ejemplo.

¿Qué hacías antes de dedicarte al trabajo humanitario? ¿Por qué decidiste dedicarte a este tipo de trabajo?

Prácticamente no he tenido otra ocupación. Durante mis estudios trabajé con mi padre en un negocio familiar de construcción y me vinculé a ACNUR nada más finalizar mis estudios de relaciones internacionales. Antes de eso estudié la carrera de filosofía, con bastante dedicación, y la verdad es que podría haber hecho un doctorado en filosofía del lenguaje, que me interesaba mucho, pero el trabajo humanitario me pareció más generoso, más formador y también, en ocasiones, más divertido.

¿Cómo reaccionó tu familia la primera vez que les contaste que te ibas a trabajar a una emergencia humanitaria?

Siempre me han apoyado y están orgullosos de que haya logrado dedicarme exactamente a lo que quería.

¿Cómo logras mantener los vínculos con tu familia? ¿Y con tus amigos?

A veces en terreno es difícil tener la energía para mantenerse en contacto con todos, de modo que paso gran parte de mis vacaciones o períodos de descanso en Barcelona, donde nací y donde tengo familia y muy buenos amigos. ACNUR es también a veces como una gran familia y tengo un puñado de colegas que son amigos cercanos y a quienes no veo tan a menudo como quisiera. Lo bueno es que a veces te encuentras del modo más imprevisto, coincidiendo en misiones, reuniones o cursos de formación.

¿Cuál es la anécdota que más repites cuando te piden que les cuentes cosas de tus viajes?

Conocí a Bajra Baltic en Sarajevo, en 1997, estaba viviendo con su mujer y una hija en una escuela secundaria abandonada, sin vidrios en las ventanas, sin calefacción y a veinte grados bajo cero. Bajra intentaba taponar las ventanas con sacos de plástico de los de cemento y con cinta aislante pero siempre el viento los rajaba. Por alguna razón en la habitación donde vivía había gruesas cañerías de agua, algunas con escapes por donde sólo salían enormes caños de hielo.

Bajra era un desplazado de Serbia, de la región de mayoría musulmana del Sandjak. Cuando empezó a partirse la antigua Yugoslavia llegó a buscarlo el JNA (el ejército nacional yugoslavo, pero en la época actuando bajo las órdenes de los líderes serbios) diciéndole que Serbia estaba en guerra con los rebeldes bosnios y había que ir a batirse como buen serbio.

El les dijo que él era yugoslavo, que siempre sería yugoslavo y que jamás iría a pelearse contra sus hermanos bosnios que eran yugoslavos como él. Lo metieron en la cárcel.

Al cabo de dos años lo dejaron ir o se escapó y se fue a Sarajevo, pensando que por ser de religión musulmana no

lo incomodarían. A los pocos días llamó a la puerta la Armija (el ejército bosnio) a decirle que Bosnia estaba en guerra con Serbia y que él debía unírseles, como buen musulmán, para ir a pelear. Les dijo que, si bien era musulmán, él era también yugoslavo y que jamás iría a luchar contra sus hermanos serbios, que eran yugoslavos como él. Lo volvieron a encerrar.

Hacia 1995 lo soltaron y cuando lo conocí llevaba dos años viviendo en la miseria más absoluta y lo que es peor, sin que nadie quisiera reconocer su nacionalidad ya que era visto por todos como un traidor. Por fortuna pudimos interceder ante el Gobierno de Noruega que lo aceptó y pudo partir con su mujer e hija a empezar una nueva vida en ese país. Nos envió una postal al poco tiempo. Siempre esperé que no estuvieran pasando demasiado frío allá en Oslo.

Cuando conocí a Bajra Baltic llevaba dos años viviendo en la miseria más absoluta y lo que es peor, sin que nadie quisiera reconocer su nacionalidad. Por fortuna pudimos interceder ante el Gobierno de Noruega donde empezó una nueva vida con su mujer e hija.

¿Compensa tu trabajo todo a lo que has tenido que renunciar en el ámbito personal?

A veces echo de menos tener hijos pero no hay ninguna garantía de que si me hubiera quedado en Barcelona ahora tendría una familia. La verdad es que no me puedo imaginar cómo sería mi vida personal si estuviera haciendo algo que no es lo que quiero hacer, pero sospecho que tal vez no sería muy rica.

Se conoce con este trabajo a gente sumamente valiosa de la que se aprende mucho, tanto colegas de ACNUR como de las ONG o de los gobiernos o entre los mismos refugiados y desplazados, y uno sencillamente nunca se arrepiente de los sacrificios hechos para haberlos podido conocer.

¿Cómo ves el mundo dentro de 20 años y cómo te ves tú en él?

Difícil pregunta. Creo que desde hace más de 20 años los mandarines del pensamiento vienen proponiéndonos el mundo que viene o anunciado su llegada, pero

Lo que es seguro es que, en 20 años, lo que ocurra en un rincón del mundo seguirá afectándonos a todos.

casi todos se han equivocado: ni estamos ante el fin de la historia o la guerra de civilizaciones ni tampoco ante el triunfo del liberalismo económico o del nuevo orden mundial. Tampoco se han acabado las guerras, sólo se han transformado.

Lo que es seguro es que, en 20 años, lo que ocurra en un rincón del mundo seguirá afectándonos

a todos, y que seguirá habiendo gente que, a su modo, en el Poble Sec de Barcelona o en las selvas colombianas, seguirá batiéndose por que haya más solidaridad y más justicia. En 20 años, espero estar en la misma pelea.



**UNHCR
ACNUR**

La Agencia de la ONU para los Refugiados
comité español